

A este relato corto se le ha concedido el tercer premio del Concurso de Relatos Cortos organizado por ALUMA y fallado por un Jurado de profesores docentes de la Universidad de Granada. Es una alegría recibirlo y un aliciente para continuar por este camino. La edad y la situación no laboral, nos permite la reconciliación de uno consigo mismo. La soledad de la conciencia y la conciencia de la soledad. El tiempo libre nos lleva a viajar del pasado al presente, a despertar el espíritu de la curiosidad, a jugar con la imaginación a vivir la aventura de escribir. Gracias mil a los amigos de hoy y a los de siempre, que me han abierto el resorte oculto de la palabra escrita. Gracias también, a Diego Quirós y Julio Navas compañeros de Promoción, coprotagonistas de esta historia de ficción. Rafael Reche. Granada. Febrero 2018.

La historia que nunca me atreví a contar.

Despierto cubierto de sudor, la ola de calor me invade y ahoga. Lanzo mis pasos en busca de la terraza, del rumor de las olas, al destello amable del haz del faro, a la caricia serena de la brisa.

A media luz y con toda la soledad en mis adentros, me puse a escribir, la historia que nunca me atreví a contar.

Cuando llegaba la plenitud del verano los tres amigos nos volvíamos a encontrar en Cádiz. Cómo olvidar los jóvenes años de recuerdos encendidos, duros y cargados de experiencias en la Academia de Zaragoza.

Al llegar el atardecer, cuando el día pliega su cuerpo transparente y la luz se sumerge en el reposado mar que avanza sin sonido, nos reuníamos en la cotidiana tertulia después de la cena. Todavía no sé cuál fue el motivo o la concurrencia de cosas irracionales que navegaron por los laberintos de mi mente, que nos cambió la vida.

Aquella noche, en plena tertulia, sobre temas tan trascendentes como simples, donde cabía cualquier asunto o dilema, nos llevaba largas horas en un entusiasmado e inagotable dialogo, espontaneo y rico de contenido. Llego mi turno de palabra, me levante, respire el aire cargado de miradas y con un tono no exento de misterio, les plante la aventura insólita que rondaba en mi cabeza. Un simple juego o un reto, el pretexto era simplemente reinventarnos, compartir, recobrar el espíritu joven, que nos traslada a investigar y descubrir, en las encrucijadas del misterio. El plan era simple y a su vez disparatado, entre lo normal y sobrenatural, desplegar las alas y echar a volar la imaginación. Abrir una ventana cerrada en donde cada uno, buscaría un elemento, materia peculiar que sorprendiera a los demás.

Se oía el silencio en la habitación, sorprendidos pero a la vez entusiasmados con la idea

Diego, gaditano y segoviano por consorte, hombre alto y fuerte, de ojos brillantes, mirada inteligente, su pelo canoso le proporcionaba un aire intelectual, sin embargo Julio, era muy distinto, su estatura media, cara redonda, mirada viva, su sonrisa permanente, ademanes suaves, de palabra fácil, inteligencia rápida, un hombre hecho al mundo.

A pesar de los lazos de amistad que me unían a ellos, me sentía distinto. Sigo teniendo prisa, desde que abro los ojos, conquistar las horas del día, llenar mi vacío, salgo y entro, busco y encuentro, paso del tumulto a la soledad, me exploro en nuevos caminos. A veces el retiro, es la tregua de mi prisa.

Aquel plan, me entusiasmo. Altero mi vida cotidiana. Dormía con los ojos abiertos, soñaba despierto, mi mente fluía inmersa en el laberinto de mil conjeturas. Frente a mí, se presentaba un universo extenso. Buscaría la clave que uniera el pasado, presente y futuro en mi ciudad trimilenaria.

Transcurrían los días veloces y no avanza ni un ápice, cada idea se rompía en mil trozos como olas sobre las rocas. Me sumergí en la ciudad abierta al mar, arena, cante y luchas cubrían su historia. Me tropezaba con una frontera sin salida. Me devoraba el pánico como un naufrago en medio del océano. Busque refugio en un paseo por la dorada playa. Extendí mis sentidos, sobre el mar agitado, el viento cabalgaba sobre la cresta de las olas. Remolinos de fina arena me golpean el rostro, como finos alfileres, cegaban mi vista.

El levante se abría paso, recio y seco, viento resonante que soplas hacia la mar. Turbas el talante, azotas con impulso embravecido, hinchas las blancas velas.

Preste atención como un soplo de aire agitaba una bolsa de plástico, volaba en círculos erráticos en su alocada huida, cautiva ascendía para volver a caer. En ese instante, penetro en mi interior, como una flecha ardiente, la solución que perseguía. ¡Atraparía el viento de levante! ¡Me lo llevaría conmigo! El júbilo me invadió, pero el temor se apodero de mí. Me detuve y respiré profundo.

Reanudé el paseo. Pero en este tiempo llegaban a mi mente, mensajes sin respuesta, la memoria cuarteada en búsqueda de la solución por inventar. En el encierro de mis pensamientos, brotaba la idea de que el universo era un vasto sistema de señales que necesita interpretar. Desde siglos de siglos, el hombre combate, obstinado contra un ser que no tiene cuerpo. Me di cuenta lo pequeño, limitado y frágil, que es el ser humano. Mi destino, convertirme en David del siglo XXI. ¿Quizás perseguía una quimera? Me preguntaba mientras el sol dejaba su estela de luz sobre el mar.

Hay una sola salida, atrapar una racha de levante. Como un tesoro singular transportarla hasta Granada y darle libertad.

Mis primeros pasos, me condujeron a buscar expertos sobre el viento de Cádiz. No resulto nada fácil. A quién preguntaba me respondía de la misma forma. ¡El viento de levante! ¡Ni me lo menciones, nos vuelve locos a todos! En las espesura de mi desasosiego. Llegué a la Caleta. Desnuda ensenada, joya entre Castillos, donde las barcas se mecen al ritmo de las mareas.

A la orilla, un viejo marinero repasaba su red junto a la barca. Manejaba con arte las manos y en sus finos labios sostenía la colilla del pitillo. Cuando me acerqué, no se inmuto. Impávido continuaba con su labor. ¡Señor, me puede ayudar! ¡Necesito que me hable del viento de levante!, le interrogué, pensando que me tomaría por un perturbado. El viejo lobo de mar, levantó su mirada, sus ojos brillantes e inteligentes, la cara curtida de arrugas. Me respondió con una media sonrisa y guardó silencio. Seguí en pie, inmóvil, segundos que me parecieron eternos. Soltó la red y me invitó a sentarme a su lado. Comenzó con su voz ronca y pausada. Nací entre olas, mi madre la mar y mi padre el viento. En mi juventud surqué los

mares de medio mundo, sobreviví a temporales, huracanes, enfermedades y naufragios. Ahora en el ocaso de mi vida, disfruto de mi barca y la pesca.

En mi interior, saltaba de alegría. ¡La suerte me sonreía! Esperaba ansioso encontrar las respuestas que me condujeran a mi objetivo.

El agua, la tierra y el aire son un solo cuerpo. Nosotros una gota en el tiempo del Universo. Todo nos amenaza. El desamparo de ser hombres en la jungla de la naturaleza. Sabias palabras que desgranaban el asombro olvidado de estar vivo. Si abres los ojos y sientes con el corazón, se abre el reino secreto, el mar se sentara junto a ti, envolverás con tus brazos el aire que pasa, escucharas el cántico de las olas e interpretarás el lenguaje oculto de la naturaleza.

El viento se muestra caprichoso y voluble, unas veces un potro joven que corre suave y otras como un caballo salvaje desbocado, que arrasa con todo.

Observa que el levante, combate con vitalidad en la tierra y en el mar, no da tregua, no se rinde, todo lo alcanza y con todo puede. Al caer el sol, se apacigua en una suave brisa marinera, herido y agotado busca refugio, en las rocas desnudas de la orilla, en un mar en calma, bajo un cielo colmado de estrellas.

El viejo marinero llenó su cara de una amplia sonrisa, disfrutaba con mi compañía. Le estreche en un abrazo de agradecimiento y me despedí de él.

Iría al encuentro del viento, en la quietud de su movimiento, en el reposo del oleaje, en la baja mar, cuando las rocas se desnudan a la luz de las estrellas y la Caleta guarda el silencio de las noches profundas.

Preparé una caja pequeña de madera. ¡Sería ideal! pensé. En mi mente se despertó el cazador furtivo oculto, que heredamos de nuestros ancestros. Trazaría el plan perfecto, estudiando los mínimos detalles para no errar.

No podía dilatar, entrar en acción, el viento de levante es imprevisible en su duración de días a semanas. La noche sin luna y la bajamar se convertirían en mi aliada.

Siguiendo los consejos del viejo marinero. Con sumo sigilo, coloqué la caja de madera entre las rocas al descubierto por la marea. Una pequeña rendija de apertura sostenida por un fino palillo de madera impedía su cierre. Me quedo invisible al resguardo en la ensenada natural de la Caleta, la quietud y el movimiento, cantan la soledad del momento, el faro gigante varado, con su ojo parpadeante ilumina, la orilla.

Como un tigre camina oculto en medio de la jungla, el viento de levante se deslizaba, su ritmo pausado, cansino, provocaba un largo quejido entre las fisuras de las rocas, en el mar sin olas.

Permanecía inmóvil, en las sombras de la noche trémula, mis ojos como un gato acechaban y mis oídos en alerta.

El sonido seco del cierre del estuche, me avivo y corrí en busca de la presa. El viento había golpeado el palillo que impedía el cierre de la tapa, y la racha de viento quedo encarcelada en su interior.

La emoción me embargó, entre mis manos poseía el tesoro, percibía como vibraba y fluía un torbellino en su interior, como un león atrapado en su jaula, giraba y giraba. Oía el canto dolorido de su sangre aprisionada. Apreté el cierre.

Empecé a sentir remordimiento y pena. Había roto el equilibrio del paraje, vencido al pequeño huracán, usurpado su libertad, apagado su furia, igual que cuando arrancas una amapola de su campo, sus hojas se deshacen en los dedos.

Pedí perdón, pero la decisión estaba tomada. Recuperaría pronto su independencia, en una nueva tierra, donde el viento de levante sería una novedad. ¿Se adaptaría a las montañas? ¿Quizás emprendería el retorno al mar? Mil dudas sembraban mi conciencia.

Al día siguiente partí en tren hacia Granada. El primer reto estaba servido, ¿Cómo pasar el control de seguridad de la estación? ¿Saltaría la alarma del escáner?, al destetar una sustancia no permitida. Claro estaba que en ningún reglamento ferroviario, se contemplaba este caso de transportar el viento en una caja.

Cuando llegué a la estación de ferrocarril, quise mantener la calma pero mi corazón golpeaba mi pecho a un ritmo acelerado, miraba a la gente que salía y entraba del recinto, sus ojos me observaban como si fuera un extraño, algún delincuente que huía de la justicia. En el fondo, mi mente, mi miedo me traicionaba.

El agente me pregunto, antes de depositar la mochila en la cinta transportadora, ¿Tiene usted algo que declarar? Pasaron segundos infinitos, mis cuerdas vocales se negaban articular una sílaba. Al final respondí. ¡No, solo algunos recuerdos de Cádiz! La bolsa con la caja de taracea en su interior, se introdujo en la oscuridad de la máquina. Volví a respirar cuando los flecos de la cortina dieron paso a la mochila. ¡Tuve suerte!

Con paso diligente me dirigí a mi vagón y ocupe el asiento. Escasos pasajeros, algunas familias con sus hijos y una pareja de jóvenes. El tren cruzaba la planicie, lento y tenaz, se desliza entre las filas ordenadas de salinas, deslumbrantes pirámides de sal, aves en bandadas, al fondo queda el mar azul sobre el pulido cielo. ¡El mundo tiene paraísos escondidos!

La racha de viento se mantenía como un genio en una lámpara mágica, atrapada y esperando la mano que la liberase. Sumida en su ingenuidad, el levante que nunca ha salido del mar, volaba hacia la Andalucía interior.

Un golpe seco en el cristal de mi ventana, me llamo la atención. Un repentino torbellino de aire y polvo, como un soplo que nacía del alma de la salina, se acercaba y alejaba, subía y bajaba. Quizás, el sonido remoto de un adiós invisible, de un llanto trasparente por su hermano levante que se separa.

En respuesta, dentro de la caja, se escuchaba el gemido que desgarraba, como un dolor que avanza y se abre paso en una herida resonante. Mi corazón se encogía, mi alivio que pronto volaría libre sobre la tierra.

Con voz suave comencé hablarle con dulzura. ¿Entendería mi lenguaje? No me importó, quería consolarle y tranquilizar mi conciencia.

La mirada de los niños del asiento contiguo me paralizó. Miraban absortos la caja y atentos a mi conversación. La niña más atrevida me preguntó, ¿con quién hablas?, ¿es una cajita mágica, verdad!, ¿queremos verla! Instintivamente la oculté. Los padres me observaban con asombro, quizás pensaron que no estaría en mi juicio y le advirtieron a los niños que dejaran de molestar.

El viaje transcurrió sin más sobresaltos hasta llegar a Granada.

Apenas tarde unos minutos en llegar al Parque García Lorca. Punto de la ciudad donde nuestra aventura tocaba fin. Elegí este lugar abierto y diáfano, de hermosos jardines con aromas a rosa y a lavanda, con sus fuentes de agua, de ágiles cipreses que se elevan como espadas al cielo.

Después de varios meses volvíamos a reunirnos, cada uno aportaba su enigmática prueba. Julio, impaciente, se adelantó y nos mostró un pequeño tarro de cerámica artesanal. Su aspecto envejecido me hizo pensar en una antigüedad de siglos, ¿Que misterio, escondería? la curiosidad acampaba sobre nosotros. Julio, se divertía con nuestra intriga. Con tono suave y pausado comenzó a desgranar su historia. Esta vasija fue encontrada, enterrada junto a la fuente de los mártires en la huerta del monasterio. Allí, se encuentran enterrados los 200 monjes, masacrados y mártires del ataque al monasterio por los musulmanes en el año 953. Destapó el envase de cuero que cubría la boca y un líquido trasparente, viscoso, dorado claro se abrió ante nuestra mirada insólita. ¡Es miel de flores!, contesto Julio. Uno de los manjares más exquisitos, que los monjes de San Pedro de Cardeñas, producían de las abejas y del néctar de las flores silvestre. Se han llegado a encontrar en las tumbas de los faraones, y la miel se conserva como el primer día.

La cucharada de miel, endulzo mi paladar, activó mi pensamiento que galopó a través del tiempo. Al Medioevo, de frondosos valles y praderas de Burgos, las abejas recolectando polen de miles de flores y los monjes trapense en sus remanso de paz y silencio, elaborando la miel. Julio con su gesto y mirada complaciente nos dijo: he aquí al hombre y la naturaleza, he aquí la vida y la muerte que golpea, he aquí el fruto del trabajo que perdura en la noche de los tiempos.

Le llegó el turno a Diego, amante de la historia, con su serenidad de plomo, nos comentó; He buscado y encontrado la flecha viva que une pasado y presente del hombre. La semilla que engendra las grandes obras y los mayores sufrimientos. Una constante que fluye bajo los arcos de los siglos. Sus palabras penetraban en mi interior y activó el laberinto de mi imaginación. ¿Qué misterio encerraría en su seno la cajita, que sostenía sobre su mano?

Abrió, el estuche, la luz entró y se desgranó en mil reflejos sobre el pequeño objeto depositado en su interior. Nos atrajo la atención, parecía tener vida propia. La impresión inicial era de una joya o cristal casi esférico. Diego no tardó en responder. El viejo mundo de las piedras se levanta y vuela hacia nosotros. Son testigos mudos de nuestra historia. La huella que perdura en el Universo. La piedra son imágenes, y aquí la podéis contemplar.

Realmente, Diego era un genio, un tejedor de palabras, describiendo el contenido. No os llevéis al engaño de los sentidos, no es una piedra, sino que formaba parte de ella. Es una gota de sudor cristalizada, que el clima y la estructura han conservado intacta desde la época romana.

Al atardecer paseando junto a los arcos del acueducto de Segovia, me llamo la atención entre la grieta de separación de los bloques, un reflejo de luz de su interior, producido por la inclinación de los rayos del sol. Su pequeña forma geométrica, traslucía su superficie limpia y pulida. Mire a mi alrededor, estaba sola. No cabía duda, era un especie de joya suspendida entre el mundo pasado y presente. Con sumo cuidado la puede extraer y depositarla en un tarro de cristal.

El análisis en el laboratorio, certifico que se trataba de una gota de sudor humano. Miles de esclavos trabajaron subiendo y colocando los bloques de piedras sin argamasa, en una obra de ingeniería única. El destino o quizás la suerte quiso que se conservara hasta hoy como testigo de esfuerzo y del dolor humano. En esta gota de sudor dormita la verdad, nunca se borra la señal del hombre sobre el hombre.

Diego y Julio, me miraron expectantes. Mi turno llego. Ellos lograron sorprenderme, abrieron el canto de la vida, el sufrimiento y la muerte.

Nos situamos en un círculo los tres y en medio sobre el suelo de albero deposite la caja de madera. Con un bote de polvos talco rocié la tapa. Casi cubierta de un velo blanco, reposaba al cielo de Grana. Dueño de mí, con aplomo, comencé a contarles, como me las ingenié para atrapar el viento de levante y transportarlo hasta aquí. Mis amigos atentos a mis palabras. Leía en sus rostros la sorpresa suspendida, descubría en el fondo la mirada del niño colmado de curiosidad ante un juguete nuevo. Llegó el momento esperado, una corriente invisible agita las hojas de los árboles. No deseo dilatar más el tiempo de espera y con las manos temblorosas abro la caja. En principio nada sucede, en el recipiente el vacío del hueco. Un escalofrío corrió por mi cuerpo. Quizás lo que dura un suspiro mi incertidumbre duró. Como un cuerpo al resucitar, la caja comenzó a balancearse y a girar sobre sí misma. El latido de mi corazón acelerado, tic, tac, llegaba a mis oídos. Una niebla de polvo fino blanco envolvió la caja. El efecto del talco en suspensión. Los tres enmudecimos cuando como una corriente de aire se elevaba en un torbellino, en forma de embudo. El pequeño tornado blanquecino, vibraba de júbilo, subía y bajaba, en un baile sin música. El viento de levante renacía con vigor, inocente volaba ante nuestras miradas, nos envuelve y agita nuestra ropa, alborota el pelo, una marea de aire en el reducido espacio. Libre, canta y fluye al cielo granadino. Aquí quedó el soplo suspendido, la sombra del viento sobre la Alhambra, las plazas y fuentes de esta ciudad. **EOLO. Rafael Reche Silva. Granada 2018.**